

HOMILIA 1.^a

Para el Domingo XXIII después de Pentecostés.

De los malos cristianos.

AMADOS hermanos míos: En las breves y sencillas instrucciones hechas en los domingos anteriores habréis comprendido que los cristianos, viviendo según la ley del Evangelio, tenemos que luchar continuamente, no sólo contra nuestras propias pasiones, sino muy en especial con un ejército de hombres malos cristianos, ó abiertamente impíos enemigos de la cruz de Cristo, quienes instigados por Satanás y como agentes suyos en la tierra, tratan con todo empeño de aniquilar en los individuos, en las familias y en las sociedades el reinado dulce y amoroso de Cristo nuestro Señor.

Ante esta horrible y espantosa realidad, la Iglesia nuestra Madre, valiéndose de las Epístolas admirables de San Pablo, nos ha indicado las armas de defensa, que son *la fe, la esperanza y la caridad*, amando y haciendo bien aun á los mismos que nos persiguen y calumnian. Hoy, á fin de que los cristianos buenos no se dejen seducir de los malos, señala en la Epístola de la Misa los caracteres propios de los enemigos de Jesucristo, y también el de los fieles buenos que todos debemos imitar. Y como quiera que es tarea larga para un solo día, me ceñiré en el presente á lo primero; esto es, á los hombres mundanos. Oigamos, ante todo, al Apóstol. Dice así:

«*Hermanos: Varias veces os lo he dicho, y ahora lo repito llorando: Hay muchos hombres que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición; cuyo Dios es el vientre; y su gloria es para confusión de ellos, que gustan sólo de lo terreno.*» (Philip., III, 18 y 19.) ¡Qué palabras, amados míos, si los hombres las consideraran bien! Dos cosas sobresalen en ellas, que quisiera yo acertar á explicarlas para vuestro provecho:

- 1.^a Que los enemigos de la cruz son malos cristianos.
- 2.^a Las señales propias para conocerlos.

PUNTO 1.^o

LOS ENEMIGOS DE LA CRUZ SON MALOS CRISTIANOS

Admiración causa, hermanos míos amadísimos, lo que leemos en la Epístola de este día. El grande Apóstol San Pablo, cuya vida desde su milagrosa conversión no fué más que un largo y penoso martirio, y que tenía en su corazón como ansias de padecimientos por Cristo, *rebotando de gozo en todas sus tribulaciones* (1), se nos ofrece hoy en nuestra Epístola *llorando*. ¡LORANDO EL APÓSTOL! ¡Llorando él que estaba lejos de gloriarse en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo! (2). ¡Oh santo bendito! ¿Por qué lloráis? ¿Qué causa puede haber en el mundo que arranque lágrimas de vuestros ojos?—El mismo nos lo dice; escuchemos sus propias palabras:—*Lloro—dice—porque hay muchos hombres que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición.* (Verso 18.) Es decir, que llora porque los hombres, en su loco afán de los placeres mundanos, caminan á su condenación eterna. ¡Hermoso llanto!

Verdaderamente es digno de llorarse y de no acabar nunca en las lágrimas el ver tantos cristianos que, olvidándose de su excelsa dignidad, corren por las vías del placer, forjándose la ilusión de que así, sin mortificarse en nada, pueden arribar otro día al cielo. ¡Infelices! Están ciegos en el espíritu, y no comprenden que siguiendo por tal camino es imposible que jamás lleguen á percibir ni á gustar las cosas divinas. Por el contrario, como advierte el Apóstol, *su fin es la perdición (quorum finis interitus)*, porque el afán de vida muelle y regalada conduce á la ceguedad espiritual, y esta ceguedad, ya dijo San Agustín que es, «no sólo un pecado, por el cual se deja de creer en Dios, sino pena del pecado, porque sirve de castigo al corazón orgulloso, atrayéndole con justicia el odio del mismo Dios» (3).

No, cristianos míos; el hombre no ha nacido para pasar esta vida en continuos placeres materiales, sino *para servir á Dios, y amarle, y darle gloria, y obtener así su eterna felicidad.*—Teme á Dios y observa sus mandamientos—leemos en las Sagradas Escritu-

(1) Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. (II Corint., VII, 4.)

(2) Absit mihi gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. (Galat., VI, 14.)

(3) Caecitas, et peccatum est, quo in Deum non creditur, et poena peccati, quam cor superbum digna animadversione punitur... (S. Agust., lib. V, contra Julianum.)

ras—*porque en eso consiste el hombre todo entero.* (1). Es decir, que todo lo que no sea hacer esto, es no ser hombre, es no obrar racionalmente como deben obrar los hombres, es hacerse semejante á las fieras de los campos; y por eso dijo Epitecto: «El que no tiene afición á la virtud es indigno de que le llamen hombre (2).»

¡Pobres seres racionales que obran como si no tuvieran razón! Quieren gozar aquí en la tierra, y no consideran que no hay goces mundanos sin dolor ni amargura. «*La risa está mezclada con el dolor y todos los goces del mundo acaban con lágrimas*», leemos en los Proverbios; y por eso muéstrase altamente filosófico el Apóstol cuando dice en nuestra Epístola, que *el fin de tales hombres es la perdición. (Quorum finis est interitus.)*

¿Queréis, pues, oh hombres, disfrutar de eternos placeres y de interminable ventura? Pues no olvidéis que la única y verdadera felicidad está en Jesucristo, y que Jesucristo es el alma de nuestra alma y la vida de nuestra vida. «*En El—dijo el Apóstol—tenemos la vida, el movimiento y el ser* (3)»; lo cual es como si dijera: Jesucristo es el aliento de mi espíritu, el respirar de mi alma y la vida de mi vida. Jesucristo anima y vivifica todo mi ser con su espíritu y con su gracia, y mi alma así impulsada, movida y como endiosada, dirige y gobierna á todos los miembros de mi cuerpo, y á todas mis potencias y sentidos, de tal suerte, que aunque realmente obro yo, puedo afirmar que no obro yo, sino que *es Jesucristo quien vive en mí. (Vivit in me vero Christus. Galat., II, 20.)* Por consiguiente, Jesucristo ha de ser para mí más querido, más precioso y más íntimo que mi propia alma; porque El es el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu y el centro y movimiento de mi corazón».

Esta es, sin duda alguna, la mente de San Pablo; y siendo Jesucristo el fundamento y el término de nuestra felicidad temporal y eterna, basta que los hombres le oigan y obedezcan, para lograr dicha verdadera en esta y en la otra vida. ¿Qué dice Jesucristo á los hombres? ¿Les recomienda, por ventura, que huyan de la cruz, y que vivan ansiosos de comodidades y placeres, embriagándose y durmiéndose en ellos? Oigamos las palabras de nuestro Salvador divino, que son terminantes y sublimes: «*Si alguno—dice—quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame* (4).»

(1) Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. (Eclesiastes, XII, 13.)

(2) Hominis nomine dignus non est, qui virtutis studiosus non est. (Así Laertius.)

(3) In quo vivimus, et movemur, et sumus. (Act., XVII, 28.)

(4) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. (Matth., XVI, 24.)

Hermosa, consoladora y fundamental enseñanza para todos los cristianos si quisiéramos fijarnos bien en ella. Jesucristo, Maestro celestial, después que aleccionó á Pedro, porque trataba de impedir su cruz, reuniendo en torno suyo á todos los discípulos y á multitud del pueblo, díjoles: «Si alguno quiere ser discípulo mío, preciso es que se *niegue á sí mismo (Abneget semetipsum)*, es decir, preciso es que renuncie á todos sus afectos y deseos naturales, en cuanto sean contrarios á la voluntad divina; preciso es que acepte y abraza y venere con pronto y alegre ánimo todos los males ó adversidades que, por permisión ó disposición de Dios, le acaecieren; preciso es que llevando así su cruz, me siga cargado con la mía al Calvario; preciso es que todo el que se precie de ser buen cristiano considere que este es el camino real que conduce al cielo, por cuyo camino voy yo delante, con desprecio de mí mismo y alejamiento de la vida muelle regalada.»

De este modo, carísimos hermanos, interpretan los doctores las palabras transcritas de nuestro dulcísimo Redentor y Maestro, y aducen en confirmación aquellas otras de San Pedro: «*Hermanos: si haciendo lo bueno, sufrís con paciencia (lo adverso), esta es gracia de Dios; pues para esto fuisteis llamados, puesto que Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas* (1).» Como diciendo: Este es el carácter propio, y esta la vocación de los discípulos de Jesucristo; pues pretender ser buen cristiano, y no ser copia fiel del divino Maestro, es pretender un imposible é insigne bobería.

Ved aquí por qué llora San Pablo en nuestra Epístola, «*porque hay muchos hombres que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición.*» (Verso 18.) Veamos ahora las señales que nos da el mismo Apóstol para conocer á dichos hombres.

PUNTO 2.º

SEÑALES DE LOS ENEMIGOS DE LA CRUZ

Nada hay más sencillo que conocer cuáles son los malos cristianos enemigos de la cruz de Cristo, y nada más importante que conocerlos bien para evitar su trato y que lleguen á pervertirnos con sus máximas corruptoras. Tres son las notas características que indica San Pablo:

(1) Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. (I Petr., II, 21-22.)

1.^a Que hacen de su vientre un Dios.—*Quorum Deus venter est.*

2.^a Que cifran su gloria en lo que debiera servirles de confusión.—*Gloria in confusione ipsorum.*

3.^a Que todos sus pensamientos y afectos son para las cosas de la tierra.—*Qui terrena sapiunt.*

Parece increíble, amados míos, que los hombres, criados á imagen y semejanza de Dios, en cuya frente fulguran los rayos celestiales de su divino Autor, y destinados á la eterna fruición y visión de Dios en los cielos, se olviden de su dignidad nativa y de sus excelsos privilegios sobre la creación entera, rebajándose hasta el extremo de hacerse semejantes á las bestias sin razón, y de vivir sólo para los placeres materiales de la tierra. Sin embargo, esto es lo que hacen todos aquellos hombres que, aun sin dejar de llamarse cristianos, son adoradores de su vientre.—*Quorum Deus venter est.*

«Gocemos—dicen—de los bienes presentes, démonos prisa á usar de las criaturas, perfumémonos con bálsamos olorosos, coronémonos de rosas antes que se marchiten, no haya prado en que no se sacie nuestro apetito, dejemos por todas partes vestigios de nuestros goces, porque esa es nuestra suerte y nuestra herencia. (*Quoniam haec est pars nostra, et haec est sors.* Sap., II, 9.)

Gocemos sin medida y sin tasa, mientras más mejor, esta es la felicidad del hombre: «*Comamos y bebamos que mañana moriremos.*» (I Corint., XV, 32.) ¡Qué teorías tan insensatas! Esto dicen hoy los falsos apóstoles; esto fué lo que reprendió San Pablo á los incrédulos de Corinto, y esto es lo que practican los epicureístas de nuestros días, como si no hubiera otra vida ni otra felicidad, ni otro fin, ni otro cielo, abriendo así ancha puerta á todo género de disoluciones y de corrupción de costumbres. *Su Dios es su vientre.*—*Quorum Deus venter est.*

Tales son las detestables máximas que propalan y siguen en su vida práctica los enemigos de la cruz de Jesucristo, y por eso cuando veamos que una familia, un pueblo ó una nación, corren en pos de los placeres materiales, pensando de continuo en diversiones, en banquetes, en lujos, por ejemplo, en toros, teatros, bailes, tertulias, cafés, casinos y tabernas... bien podemos decir con verdad: Este pueblo ó esta nación está corrompida, materializada, degradada, es enemiga de Cristo y de su Iglesia, y no entrará en el reino de los cielos. porque allí no está su Dios; *su Dios es su vientre.* *Quorum Deus venter est.*

Demás de esto hay, como os dije, una segunda señal para distinguir á los hombres mundanos enemigos de la cruz de Cristo, y

es que ellos «ponen su gloria en lo que debía servirles de confusión». —*Gloria in confusione ipsorum.*

Por ejemplo, los vestidos con que cubrimos nuestra desnudez son para las personas sensatas y reflexivas motivo de confusión, porque recuerdan su origen, que fué el pecado; recuerdan que Dios dió al hombre la hermosa vestidura de la gracia, y que el hombre, rebelándose contra Dios, la arrojó de sí, hallándose desnudo en la mayor ignominia, siendo preciso que la mano misericordiosa del Señor le cubriera con una túnica hecha de pieles de animales, como diciéndole: «Mira, Adán, te crié á mi imagen y semejanza un poco menor que á los ángeles, y tú por tu pecado te has hecho semejante á los jumentillos, que no tienen entendimiento.»

Pues bien: ¿qué hacen en el mundo las mujeres vanas y los hombres afeminados? ¿en qué hacen consistir su gloria? ¡Oh! en el lujo, en la forma descocada de sus vestidos, en lucir su talle adornado con arreglo al último figurín, en arrastrar sedas y terciopelos, como si dijéramos, en obra de gusanos y de orugas. ¡Constituyen su gloria en aquello mismo que debería causarles confusión!—*Gloria in confusione ipsorum.*

Lo mismo cabe decir de las habitaciones que constituyen nuestra morada. Es indecible el lujo que en ellas se despliega, y el contento que en sus adornos disfrutan muchas gentes. Cifran su gloria en que sus casas parezcan paraísos, y no recuerdan que perdimos el terrenal y la gloria por el pecado, y que debiera causarnos confusión el considerar que merecimos que el rigor de las estaciones, y las fieras de los campos, y los hombres de las ciudades, se rebelasen contra nosotros, en pena de la prevaricación, y que estas casas que habitamos son una triste necesidad, hija de nuestras miserias. —*Gloria in confusione ipsorum.*

Es más; la elevación de unos y la bajeza de otros es también nuevo motivo de confusión para nosotros. ¿Quién ignora que la desigualdad de condiciones en los hombres procede del pecado? «Dios—dijo San Agustín—criando al hombre á su imagen, quiso que dominase á las bestias, pero no á sus semejantes; por eso, añade el Santo, los primeros justos de la tierra más bien fueron pastores que reyes. El crimen y no la naturaleza es lo que ha hecho los esclavos é introducido entre nosotros su nombre (1).» La injusta crueldad de los hombres particulares, que atacaban y oprimían á los más débiles, y la insurrección de los más débiles no siempre moderada con-

(1) Nomen itaque istud culpa meruit, non natura. (S. Agust., lib. XIX, De Civit. Dei.)

tra los que les atacaban, fué la causa de que fueran nombrados príncipes y reyes; sin embargo, esto que debía servir de confusión á los grandes, sirveles para gloriarse en su grandeza, en su poderio, en su mando.—*Gloria in confusione ipsorum.*

Pero, ¿qué cosa más merecedora de confusión, de vergüenza y de oprobio que el pecado? Pues, ¡oh insensatez inconcebible de los hombres! hasta del mismo pecado suelen hacer alarde y gloriarse muchos hombres de nuestros días. ¡Cuán acertadamente dice el Apóstol en nuestra Epístola, que se glorian en lo que debiera llenarles de confusión!—*Gloria in confusione ipsorum.*

Por último, hay una tercera señal para distinguir los servidores del diablo de los hijos de Jesucristo. Estos miran al cielo, aquellos á la tierra. La tierra es como el centro de los amadores de este siglo.—*Terrena sapiunt.*

¡Qué lástima! Se afanan día y noche por edificar para su morada una casa ámplia, cómoda, alegre y vistosa; mas ¿para dónde?—*Para la tierra.*

Empéñanse en adquirir grandes posesiones, grandes riquezas, magníficos trenes y servidumbre... ¿Para dónde?—*Para la tierra.*

¿Dónde quieren ejercer su imperio?—*En la tierra.* ¿Dónde quieren inmortalizar su nombre?—*En la tierra.* ¡Ah! ¡Todo para la tierra, y nada para el cielo!—*Terrena sapiunt.* ¡Vuélvense locos por las cosas perecederas de este mundo, y se olvidan del otro! Todos sus deseos, todos sus afanes, todos sus proyectos se limitan á las cosas terrenas.—*Terrena sapiunt.*

Tales son, carísimos hermanos, las señales que nos da el Apóstol para conocer cuáles son los hombres terrenos, enemigos de la cruz, y por consiguiente, enemigos de Jesucristo. Hay muchos de estos hombres, y San Pablo llora al contemplarlos, porque comprende que *su fin es la perdición.* (*Quorum finis interitus*); y deseando que nosotros no caigamos en semejante desdicha y huyamos de su trato, nos los ofrece con sus caracteres propios, diciendo: «*Su Dios es el vientre; su gloria es para confusión de ellos; y gustan solo de lo terreno.*»

Ahora, cristianos míos, cada cual recoja su espíritu, mire cómo piensa, examine lo que desea, considere cómo obra, y resuelva en la divina presencia caminar siempre como hijo verdadero de Dios, como miembro de Jesucristo, como imitador de sus divinas perfecciones y como heredero de la patria celestial. Si esto hacemos, tengamos por seguro que después de esta vida de miserias hemos de ser coronados de eterna gloria en la otra. Amén.

HOMILIA 2.^a

Para el domingo XXIII después de Pentecostés.

De los cristianos buenos.

MADOS hermanos míos: En la Epístola de la presente Dominica nos ofrece la Iglesia nuestra Madre dos tipos de hombres enteramente opuestos; como si dijéramos, los hijos de Dios y los hijos del diablo; los imitadores de Cristo y los imitadores de Lucifer; los que viven del espíritu y los que viven de la materia; los que mortifican sus pasiones según el Evangelio, y los que las dejan desbordadas á gusto de Satanás. Bueno será que oigáis, ante todo, las palabras de San Pablo. Dice así en nuestra Epístola:

«*Hermanos: Sed imitadores míos y proponeos por dechado á los que andan según el modelo que habéis visto en mí; porque hay muchos (de quienes antes os decía y ahora repito llorando) que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin será la perdición; cuyo Dios es el vientre, y su gloria es para confusión de ellos, que gustan sólo de lo terreno. Mas nuestra morada está en los cielos, de donde también esperamos á Jesucristo Señor y Salvador nuestro, que reformará á nuestro cuerpo abatido, haciéndole semejante á su cuerpo glorioso, con su virtud eficaz, que puede sujetar á sí todas las cosas. Por tanto, hermanos míos carísimos y muy amados, que sois mi gozo y mi corona, continuad firmes en el Señor. Ruego á Evodia y suplico á Syntyque, que sientan lo mismo en el Señor; y también te ruego á ti, fiel compañero, que les ayudes, pues trabajaron conmigo por el Evangelio con Clemente, y con los otros que me ayudaron, cuyos nombres están en el libro de la vida.*» (Philip., III, 17 al 21, y IV, 1 al 3.)

Hasta aquí, amados míos, las palabras dulcísimas de San Pablo, de las cuales, pasando casi en silencio la conducta de los hombres mundanos enemigos de la cruz, intento yo declararos hoy dos cosas:

- 1.^a Cuáles son los caracteres de los soldados de Cristo.
- 2.^a Cuáles son los motivos que les impulsan á combatir.